

Francisco Morales Lomas (2020): *Las edades del viento*, Dauro, Granada, 330 pp.

El profesor y escritor Francisco Morales Lomas necesita poca presentación, pues se trata de uno de los autores andaluces más activos y prolíficos, además de uno de los mejores dinamizadores culturales con los que esta tierra cuenta, en su faceta de crítico y promotor de foros literarios, proyectos editoriales y plataformas de fomento de la buena lectura y escritura. Para hacernos una idea de qué escritor tenemos detrás de esta novedad de la editorial granadina Dauro, solamente tenemos que recordar que es académico de la Academia de Buenas Letras de Granada, de la Academia de las Artes Escénicas de España y de la Real Academia de Córdoba, Catedrático de Lengua Castellana y Literatura, Doctor en Filología Hispánica, Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras. Es además presidente de la Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios y de la Asociación Internacional Humanismo Solidario. Sin haber agotado su currículum en esta presentación, se entiende que lo escrito hasta el momento es prueba suficiente de que nos encontramos ante un narrador que respira literatura y respeta como pocos el oficio de las letras. Lo más importante de esa inmensa trayectoria para esta reseña es que todo este trabajo en la literatura que he detallado hasta el momento ha encontrado feliz convergencia en el texto que nos ocupa, *Las edades del viento*, pues la novela es ante todo una declaración de amor a la palabra escrita y a quienes a ella se dedican.

Nacido en Campillo de Arenas en 1960, este profesor de la Universidad de Málaga no ha dejado género sin cultivar, superando el centenar de títulos publicados comprendiendo poesía, teatro —sin duda una de sus facetas más apreciadas para quien realiza este comentario—, ensayo —siendo crítico de muy particular hondura, sagacidad y capacidad para ver donde otros no ven nada—, y la que ahora nos ocupa con motivo de la aparición de la novela *Las edades del viento*, la narrativa. En un torrente productivo como el suyo, resulta

difícil destacar una obra sobre el resto, pues lo verdaderamente interesante es establecer el arco que ha ofrecido en su copiosa producción desde 1981. Siendo, como queda dicho, autor de grandes ciclos e ingente elaboración, para hablar de sus méritos en el mundo de la novela nos debemos quedar con dos trilogías: la que dedicara a ese período ahora tan denostado, pero sin duda fundamental en la historia de nuestro país como es la Transición, en los títulos *El extraño vuelo de Ana Recuerda*, *La larga marcha* y *Candiota*. De valor indudable es la trilogía «Imperio del Sol», que comprende las novelas *Cautivo*, *Puerta Carmona* y *Bajo el signo de los dioses*. Todas merecen su tiempo y lectura, porque Morales Lomas tiene un fraseo de orfebre, bien aquilatado y esmerado, y es además concienzudo en la preparación documental de sus textos, cuando elige temas alejados en el tiempo.

Estos méritos que he reconocido al presentar sus textos del pasado se actualizan y acrecientan con la llegada de la novela que nos ocupa. En ella volvemos a contar con una prosa limpia, que encuentra la sencillez del mucho oficio, la precisión y buen engranaje del excelente crítico que es, y que además agota las posibilidades del tema que trabaja y los mecanismos necesarios para que la obra llegue a buen puerto. Porque la literatura de Morales Lomas siempre llega de manera torrencial, la novela que aquí reseño promete ser la primera piedra de una tetralogía nombrada «Un siglo llamado invierno», y que pretende continuar con las entregas *El pequeño mago de Meeskirch*, *El hombre sin rostro* y *La puerta de Brandenburgo*. Siempre he pensado que Morales Lomas es particularmente bueno titulando obras, y el título elegido para la tetralogía, ese «Un siglo llamado invierno», ya me parece un hallazgo en sí mismo. En alguna entrevista, el novelista ha contado que la inspiración para el título le vino de la lectura del poema de Dámaso Alonso «A un río le llaman Carlos», entendemos que por algún tipo de asociación inconsciente, ya que no hay ningún verso que así quede expresado.

El escritor jienense ha creado una trama fuertemente tejida, apretada en su constante y densa circulación de ideas. Con ello quiero decir que sus trescientas páginas son mucho más, pues exigen una lectura tan pormenorizada y atenta como ambiciosa es la propuesta del autor. Aunque perceptible en muchas de sus narraciones anteriores, *Las edades del viento* puede ser entendida, en primer lugar, como una muestra de amor por el oficio literario de manera general, y en un modo concreto en la manera en que lo escrito viaja, muta, permanece en el recuerdo de todos los que lo aprecian.

El punto de arranque de la historia, que no hace sino ejemplificar esta intención profunda de Morales Lomas de ofrecer un canto al valor de un legado literario, es el hecho de que dos investigadores, Virgilio Aguilar y Vincent Bergére, estudien las circunstancias finales de Antonio Machado, en la pretensión de desvelar un misterio que podría alterar cuanto damos por sentado de

la figura del gran poeta andaluz. Esa línea de investigación que ambos estudiosos persiguen caería como una auténtica bomba en el universo Machado. Nos referimos a los testimonios y acontecimientos que afectan a tres personas: la supuesta amante, hija y nieta de Machado: Rose y Lucie Savarroi y Rose Strindberg respectivamente, personajes de esta novela que dinamitarían el conocimiento presente del autor. Ese es el auténtico motor de la narración, y lo que hace que el lector se vuelva no solamente receptor sino partícipe de lo que ocurre en ella: los personajes están hablando de Machado, nuestro Machado, y manejan una información que hace que todo lo que se supone sobre él pueda cambiar. Esa sensación de mutabilidad y cambio —ese viento histórico al que se alude en el título— es sin duda el aliciente mayor de la historia. La novela sostiene su ritmo, que es bueno y acertado de principio a fin, gracias a la forma en que mantiene al espectador pendiente de lo que pueda resultar de la trama, porque tendría unas consecuencias —y aquí está el hallazgo— no solamente en lo que pueda ocurrir en el propio texto sino fuera de él. *Las edades del viento* alude, entre otras cosas, a esa volubilidad de la memoria, esa lógica inmaterialidad de la historia, que puede reinterpretarse de una manera radicalmente distinta con la aparición, en cualquier momento, de un nuevo dato o hecho comprobado.

Nos encontramos históricamente, por tanto, en un vaivén bien acompasado para el lector entre ese tiempo del golpe de estado de Franco y las circunstancias de la guerra civil española con la investigación contemporánea de esos hechos y personas. En la búsqueda de ese pasado que el viento mece, recorremos Colliure, naturalmente, lugar de muerte y entierro de nuestro clásico, y sus otros escenarios vitales: Soria, Madrid, Valencia... Todo funciona en una novela que, más que coral, yo llamaría de alta densidad, pues no es tanto que lo que ofrezca sea una multitud de voces como una multitud de ideas. En *Las edades del viento* asistimos a un desfile textual que responde a la lógica de esa celebración del hecho literario en el que insisto en mi reseña de la misma: fragmentos de poemas de Poe (ese *The Raven*, el cuervo, inolvidable), un buen número de versos de Machado, como es lógico en una novela que glosa su figura. Hallamos numerosas alusiones a tantos grandes autores, como Paul Claudel, Rubén Darío, Paul Valéry, Anatole France y un largo etcétera. Morales Lomas conoce bien la historia literaria francesa y el *ser francés*, ese hecho constitutivo inaprehensible pero que ha forjado tanto las letras del resto de los países de su entorno, y de manera muy notable la propia España. En un momento como en el que nos encontramos, en el que el anglicismo ha invadido el léxico, y en el que la única tradición cultural a tener en cuenta parece ser la anglosajona, se agradece ese interés y conocimiento de la inmensa, vasta e interesantísima fuerza cultural de nuestro país vecino. Hay muchos momentos de la novela en los que se alude a Machado como el *Paul Valéry espagnol*, lo

que ofrece un ejemplo claro de la creación de puentes entre tradiciones literarias a los que me refiero.

Volviendo a la manera en que Morales Lomas hace que la novela funcione, resulta necesario señalar que el artificio se construye sobre un sinfín de elementos de cimentación literaria: para forjar *Las edades del viento* la narrativa se ve enriquecida por la aportación de cartas, fragmentos literarios, testimonios, diarios o conferencias, instalándonos por consiguiente en una novela multitextual, que conjuga un buen número de propuestas narrativas para llevar al lector a donde quiere.

El origen de *Las edades del viento* está en la investigación que en su momento Morales Lomas realizara para su ensayo *Poética machadiana en tiempos convulsos* (Editorial Comares, 2017), en el que se ocupa de la figura de Machado en su compromiso con la Segunda República, tomando ese motivo concreto para reflexionar sobre el origen de los fascismos, el análisis de tiempos tan convulsos y tristemente interesantes, ya que son apasionantes precisamente porque contuvieron tanto odio e hicieron del mundo, durante los años que vivió Machado, un lugar infernal. Huelga decir que este ensayo del autor jiennense actúa como complemento ideal de esta novela, si el lector quiere expandir la historia presentada.

El tremendo conocimiento del escritor y profesor Morales Lomas de la literatura y el gran bagaje que atesora en una vida de amor a las letras ha encontrado en este *Las edades del viento* una oportunidad de fijar un texto de indudable mérito, que además se ocupa de las circunstancias de uno de nuestros escritores más queridos: el inolvidable e inolvidado Antonio Machado, símbolo del genio andaluz y de la tradición de buenas letras de nuestra tierra. La novela sirve estupendamente en su función de celebración del hecho literario, en primera instancia, y constituye literatura en sí misma en segunda. Queda para el lector, por tanto, como una recomendación sin reservas.

Rafael Ruiz Pleguezuelos